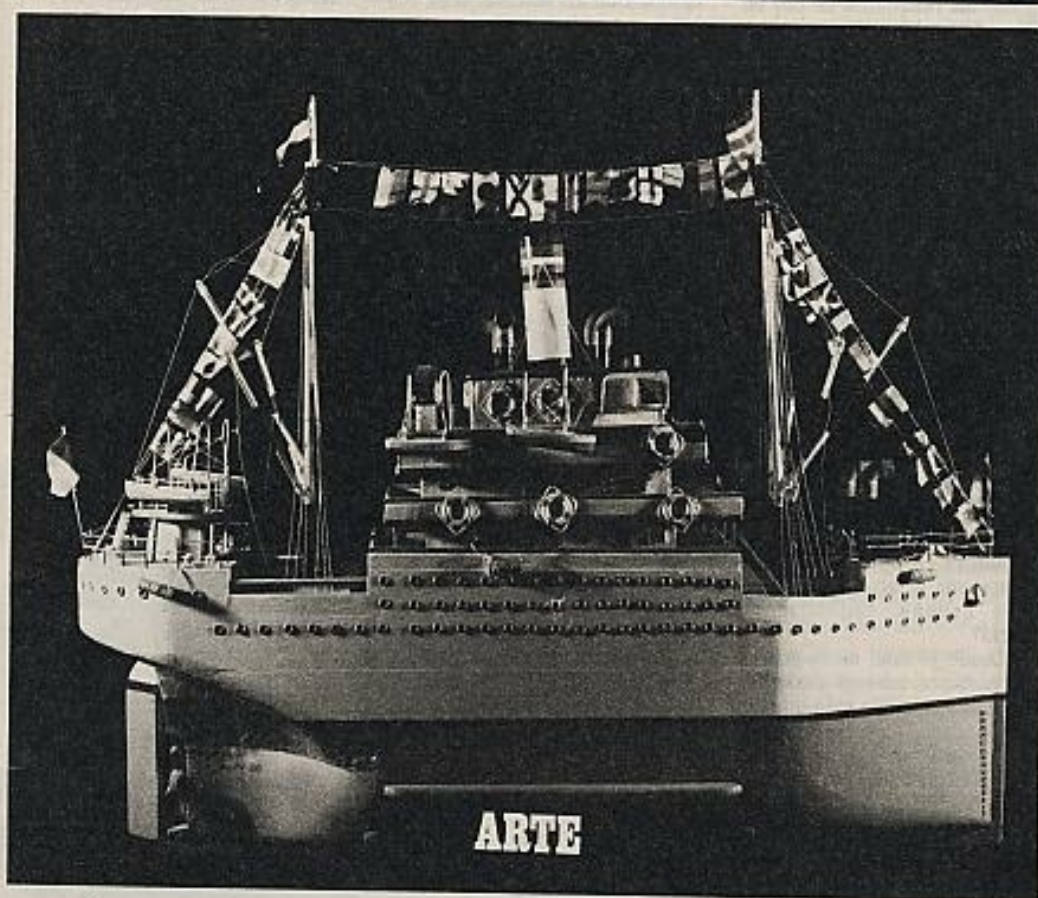


ARTE ★ LETRAS ESPECTACULOS



Eduardo Sanz, entre el vapor y las velas

MARCOS-RICARDO BARNATAN

HAY que acercarse al arte con la libertad suficiente y con desprejuicio notorio para no sólo aceptar, sino disfrutar plenamente con las infinitas metáforas que un artista verdadero puede ofrecernos. La trayectoria de Eduardo Sanz, desde sus inicios informalistas hasta su depuradísima etapa escultórica en la que el mundo de los espejos se hizo parte manifiesta del arte español contemporáneo, está signada por la constante exaltación de la libertad del artista y de la huida de toda forma manierista. Todo este preámbulo viene al calor de la sorprendente exposición recalcitrantemente marinera, en la que Sanz se entrega sin ningún reparo al cerrado universo de las cosas del mar. Toda la literatura de nuestra infancia y mocedad

rebrotó en las grandes naves que Sanz reconstruye con asombrosa pericia y las ofrece con ironía, con humor colorista, a la voracidad de nuestra nostalgia ciudadana. Y cómo en un libro de cromos, coleccionados por escolares ávidos de aventuras, Sanz va descubriendo paneles sembrados de mágicos faros, todos los faros pensables pintados según todas las técnicas imaginables en homenaje constante a los otros y en burla también, las cartas marinas (cartas de mar y de amar), los rostros hieráticos de los que comandaron naves heroicas o pacíficos pesqueros de aguas bravías. Toda una fiesta, una verbena marinera, en la que resuenan la música de los puertos, el ruido salado de los puertos, y una febril atmósfera de riesgo.

Un hombre como Julio Caro Baroja, tan ajeno al estruendo de las batallas artísticas, tan sereno y ecuánime desde su atalaya de historiador y antropólogo, es el que por medio de sus palabras prologales nos guía entre *los dioramas, escenarios y otros artificios* que Sanz construyó con artesanía teatral, y por los barcos de vapor y vela que no cesan de navegar por el vasto piélago.

Inaugurar la década

Eduardo Sanz quiere que la década de los ochenta le sorprenda "en otra cosa". "Está claro —dice— de que cuando me doy cuenta que he conseguido que mis propuestas cuajen, ya no me interesa transformarme en un fabricante en serie de algo que

ya está terminado para mí. Por eso creo que esta exposición es por encima de todo una aventura, en la que he trabajado con entusiasmo casi virginal durante dos años, sin importarme el salto que significa, ya que es un juego que me ha permitido *hacer con absoluta libertad*". El artista insiste en que se trata de unas vacaciones después de muchos años de investigación. El se las concede, como patrón que es de sí mismo, y nos las concede también a nosotros los que vamos a compartirlas con él. Y son como todas las vacaciones del espíritu, unas vacaciones alegres, desprovistas de tensiones y dramatismo. Una invitación a relajarnos en medio de las turbulencias propias de la ciudad, que es la caja en la que se consuman las turbulencias del arte.

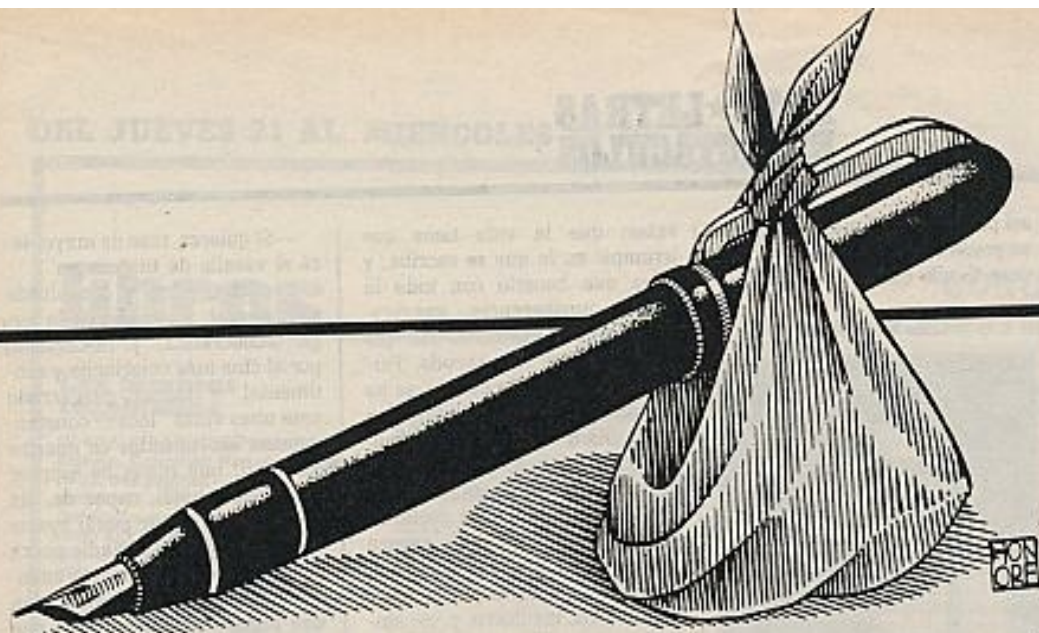
Pero es esta una exposición única. Sanz nos recuerda que como vacaciones que son tienen una entidad propia, que comienza y termina en esta exposición. Libre de toda tentación mercantilista, marca una etapa de reflexión y fiesta, un interregno luminosamente pasado con los mitos del mar, que traerán otra cosa, y



Eduardo Sanz.

otra, y otra. Mientras no se agoten la imaginación y la voluntad creadora del que cree en los desafíos de la libertad.

Del otro lado de la historia están los que supongo se rasgarán las vestiduras y llenarán de cenizas sus impolutos cabellos, sin comprender el fresco reto que la exposición de Sanz significa. Porque, pese a que el artista insiste en que se trata de una relajada mirada al mar de la infancia, a las costas cántabras de su mocedad, no hay que olvidar el valor



revulsivo de su actitud en medio de las apuestas militantes de algunos críticos por una u otra tendencia que profetizan para esta década de las incógnitas. Sanz prefiere esta socarrona provocación, en la que las velas y las grandes chimeneas de sus barcos se saben hechas para la ficción. Saludemos, pues, el atrevimiento y la valentía que ilustran esta nueva salida al ruedo de uno de nuestros artistas más inquietos. Una cosa puede asegurarse al visitante: no se aburrirá ni un momento y nadie pretenderá hacerle creer nada. Ante tantas pretenciosas teorías de tantos pretendidos teóricos de la nada queda abierta esta alternativa fugaz y refrescante. ■

Galería Kreiser Das, Hermosilla, 8, Madrid-1. (Desde el 12 de febrero al 8 de marzo de 1980.)

LIBROS

Tras la tempestad, la calma

PARA muchos observadores, participantes o no de las ceremonias culturales de andar por casa, la convocatoria y posterior desarrollo del Premio Heliodoro representa una prueba más que irrefutable de la inagotable fuente del ingenio de la picaresca española. Comentarios hubo —hay y habrá— para todos los gustos. Tintas cargadas han caído ya como sables sobre los convocantes. Muchas veces esas mismas firmas se exhiben por su parte, sin recato ni vergüenza alguna, inventando jóvenes "generaciones" poéticas, como si su supuesta musa inspiratoria pudiera programar sin reproche cualquier engendro literario que a ella se asemeje en su falta de

rigor crítico y en su estética...

Uno y otros, convocantes y lapidarios, han devenido a la postre muy inferiores a la novela premiada, **Constitución sobre la tierra** (1), del existente pero para muchos misterioso Claudio Bastida. Al margen de su original modo de lanzamiento, **Constitución...** implica una novela y un novelista (uno o múltiple), cosa hoy harto difícil, en la hora de los fáciles avales, en el tiempo de los falsos descubrimientos o de las sorpresivas consagraciones de maduros novelistas mediocres. Cimentada sobre un lenguaje distinto —el intentado una y otra vez sin éxito por toda una pléyade de novelistas españoles que idolatran las supuestas maravillas de la novela de otras lenguas (¡así les luce el pelo en sus creaciones literarias!), **Constitución...** es un resultado poético, muy afín al propio quehacer lírico de su autor (o autores), pero dentro de unos parámetros que nunca fracturan la unidad narrativa del relato ni se someten a otra estructura distinta de la de la acción alegórica que nos transmite su lectura. Y ese es uno de sus mejores aciertos: un lenguaje autónomo, creado acorde con el relato.

Constitución... juega, además, con esa falsa frontera, resultado de su ambigüedad sugerente, entre lo real y lo imaginario, entre el elemento onírico introducido en la ficción de los personajes desbordados por el simbolismo catastrófico y aquel factor que corresponde a la realidad plasmada por el autor. Bastida se deja arrastrar por el aluvión poético del lenguaje que simbiotiza en su relato bíblico las corrientes más constantes e interesantes de

(1) **Constitución sobre la tierra**, de Claudio Bastida, Premio Heliodoro, 158 págs. Heliodoro, Madrid, 1979.

la novelística tradicional y de ahora mismo, incidiendo casi solitario en el ambiente literario español —tantas veces emponzoñado por la mezquina costumbre del amiguismo y la idolatría gremial— con una novela otra, distinta, de múltiples lenguajes y exégesis. Lenguaje, narración, personajes, argumento, acción, relación, etc., buscan la soledad del corredor de fondo en un continuo, regular y alterado juego de palabras y conceptos para traducirlo todo en la palabra. No es extraño, dadas las circunstancias, que **Constitución...**, en su barroquismo verbal e interpretativo, nazca huérfana de público lector, a pesar de las alharacas, marginada de sectarismos y oportunidades devaluadas, convertida en un objeto raro, bumerán de la palabra que es en el relato no sólo instrumento, sino sujeto central.

La posible alegoría de la creación y la catástrofe, el juego casi lineal de la culpa y el perdón, la etiología y los efectos, la remisión a los conceptos contrarios —unidos en sus extremos—, el diálogo intercalado, la descripción misma del **eros** y el **thanatos** dentro del símbolo relatado y —sobre todo— el modo de abordarlo configuran en **Constitución...** a un novelista con un considerable bagaje cultural, puesto al servicio del cuento a lo largo de un trabajo y una lectura sin altibajos que señala con profundas cicatrices la materia de la escritura y redonda, por ende, en la palabra como lección literaria.

¿Se limita Bastida a esta filigrana lingüística? Ya hemos afirmado que nada más lejos de los remedos hispánicos del **nouveau roman** que el relato serio de Bastida; nada más lejos del pastiche o del préstamo; nada más lejos **Constitución...** de una **opera prima** fácil a la que la crítica —ese

sanedrín gorgónico que juega casi siempre a favor de la corriente que más empuje— debe perdonar sus posibles defectos que, en este caso, parecen estar ajenos a la obra misma y entran de lleno en la sociología intelectual y sus raros modos. Es una novela madura, de un autor maduro, conocedor de un oficio difícil y heredero de esta profesión confusa de novelista poseedor de un lenguaje poco común entre los novelistas españoles de hoy, que remite directamente a la mejor tradición del barroquismo narrativo, aunque ahora salgan a desmentirlo los pontífices del púlpito fijo...

Constitución... implica además una esperanza narradora, lejos del tópico desencanto, la tristeza y la llantina aburrida y torpona de los sofistas contemporáneos. El cambio quema, aburre a quienes esperaban convertirse, de la noche a la mañana, en líderes de la esterilidad (ya lo explicaba en estas mismas páginas y a su modo Luis Racionero: la irracionalidad empieza a ser ahora la raíz del fascismo).

Bastida, cínico y misterioso, da una respuesta clara que puede llegar a convertirse en un principio, alejado del mercado de las meretrices intelectuales que parecen dominar plañideramente los medios de información más supuestamente liberales de España. Un principio distinto, propio —y ya era hora— de otra geografía literaria, al margen de demagogias y triunfalismos. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

Loca pasión de locas

SUELE la novela española, por más "joven" que se aparezca, traer unas ínfulas trascendentalistas y seriotas que tumban de espaldas al desprevenido lector. Pero, afortunadamente, todavía hay raros que le dan al humor con ganas visludadas. En el caso de Lluís Fernández (1), las ganas son valencianísimas.

La novela obtuvo el Premio Prudenci Bertrana 1978, en valenciano, y fue editada por Edi-

(1) "El anarquista desnudo", Anagrama, 1979.